



«precedentes no han visto todavía ejemplo. Circunstancias nuevas exigen nuevas disposiciones; es preciso poner el cetro del imperio en manos más poderosas que las mías, y es una carga demasiado pesada hoy para cualquier otro príncipe de Alemania. No tenemos ni dominios bastante dilatados, ni rentas bastante gruesas, ni autoridad bastante amplia para contrarrestar al enemigo formidable que nos amenaza. Nuestra situación nos precisa á recurrir á uno de los dos monarcas émulos; cada uno de ellos puede poner en campaña fuerzas suficientes con que defendernos; mas como el rey de España ha nacido en Alemania, es miembro y príncipe del imperio por los estados que ha heredado de su abuelo, y que éstos circundan la frontera más expuesta á las invasiones de los turcos, me parecen sus pretensiones á la corona imperial mejor fundadas que las de un príncipe extranjero á nuestro idioma, á nuestra sangre y á nuestro país. En virtud de estas razones, voto por Carlos.»

Una opinión inspirada por pasión de generosidad tan poco común, y sostenida por razones tan plausibles, no podía ménos de convencer enteramente á los ánimos de los electores. Los embajadores del rey de España, conociendo todo el valor del servicio que Federico acababa de hacer á su amo, le enviaron una cuantiosa suma de dinero, como primera prenda del reconocimiento de este monarca; mas un príncipe con bastante grandeza de alma para rehusar un cetro, no podía bajarse á vender su voto. Los embajadores españoles le suplicaron que permitiera á lo ménos distribuir entre sus cortesanos una parte de la cantidad que se le había designado; Federico respondió que no podía estorbarlos recibir lo que les ofrecieran, pero que despediría al día siguiente á cualquiera que hubiera aceptado un solo florin.

No había ningún príncipe de Alemania capaz entonces de aspirar á una dignidad que Federico acababa de rehusar por razones aplicables asimismo á todos los demás. No quedaba, pues, más elección que entre los dos ilustres competidores. Independientemente de la prevención á favor de Carlos por su naci-

miento y por la situación de sus estados hereditarios, debió una parte de su feliz éxito á los talentos y celo de sus embajadores, el cardenal de Gurck, y Erardo de La Marck, obispo de Lieja, los cuales guiaron sus negociaciones con mayor destreza y prudencia que los del rey de Francia por su amo. El cardenal había sido largo tiempo ministro y favorito de Maximiliano, y conocía bien el arte de tratar con los alemanes. El obispo de Lieja, habiendo sido alejado de la púrpura por el valimiento de Francisco, no perdonaba diligencia alguna, para dificultar las miras de éste monarca, apurando todos los recursos que un alma ambiciosa puede sacar del resentimiento. El partido español adelantaba cada día en el colegio electoral; el nuncio mismo del papa, convencido de la inutilidad de una oposición más duradera, quiso merecer con el futuro emperador, brindándole voluntariamente en nombre de Leon con una dispensa para reunir la corona imperial á la de Nápoles.

Esta importante contienda, que tenía á la Europa en una suspensión, se terminó al cabo el 28 de junio de 1519, cinco meses y diez días después de la muerte de Maximiliano. Seis de los electores se habían declarado ya á favor del rey de España: el arzobispo de Treveris, el único que quedó constantemente adicto al partido francés, habiéndose reunido al fin á sus cohermanos, Carlos se vió ensalzado al trono del imperio por el voto unánime del colegio electoral.

Mas aunque los electores consintieron por diferentes motivos votar este monarca, dejaron ver al mismo tiempo todo el sobresalto que les causaba su excesivo poder, y se ocuparon con seriedad en los medios de prevenir el abuso, que podría hacer algún día quitando algo á los privilegios del cuerpo germánico. Exigían desde largo tiempo atrás de cada emperador elegido nuevamente la confirmación de aquellos y la promesa de no violarlos en ninguna circunstancia. Mientras la corona imperial se confirió á príncipes no temibles por la extensión de sus estados ni por la superioridad de su ingenio, se creyó que una promesa verbal era prenda suficiente de su conducta; pero el



nombramiento de un emperador tan fuerte como Carlos pedía otras precauciones. Se formó una capitulación, en la cual se expusieron los fueros é inmunidades de los electores, de los príncipes del imperio, de las ciudades y de todos los demás miembros del cuerpo germánico. Los embajadores de Carlos firmaron en su nombre dicha capitulación, que él mismo ratificó del modo más solemne al coronarse. Desde esta época los electores han prescrito á todos sus sucesores las mismas condiciones. La capitulación ó este contrato mútuo entre el emperador y sus súbditos se mira en Alemania como una insuperable barrera contra el progreso de la autoridad imperial, y como el gran título de sus privilegios.

La importante noticia de la elección llegó en nueve días desde Francfort á Barcelona, en donde Carlos estaba retenido por la obstinación de las Cortes de Cataluña, que no habían terminado aún ninguno de los negocios sometidos á sus deliberaciones. Supo este acontecimiento con toda la alegría que podía infundir á un jóven de ambición un auge de poder y de dignidad, que lo elevaba tanto sobre todos los demás soberanos de Europa. Concibió desde este momento aquellos agigantados proyectos de gloria que sedujeron á su imaginación durante todo su reinado, y se debe subir á esta época para ver originarse y desenvolverse el gran sistema de ambición que convierte en tan interesante la historia de su vida.

Una circunstancia poco importante descubrió bien presto los efectos que esta gran elevación había engendrado en el ánimo de Carlos. Tomó en todas las actas y edictos que publicó en calidad de rey de España el título de *Majestad*, y exigió que sus súbditos se lo dieran como nueva señal de respeto. Los monarcas de Europa no habían tenido hasta entonces más que el de *Alteza* ó de *Gracia*; mas la vanidad de las otras cortes las hizo bien pronto imitar el ejemplo de la de España. El título de *Majestad* no es más que una señal de preeminencia: los más pequeños soberanos la gozan hoy en el día, y el orgullo de los mayores no ha podido todavía inventar una distinción más realzada.

Muy distantes estaban los españoles de ver la exaltación de Carlos al trono imperial con tanto gozo como él experimentaba. No dudaban que esta nueva dignidad los privaría bien pronto de la presencia de su soberano, para entregarlos al gobierno de un virey y de su consejo, especie de mando á menudo tiránico y siempre odioso. Vaticinaban con dolor, como consecuencia casi inevitable de este suceso, que se derramaría la sangre de sus conciudadanos por contiendas de ningún interés para ellos; que se malgastarían sus tesoros en sostener el brillo de un título extranjero, y que toda la nación se vería embrollada en el laberinto de la política italiana y alemana. Todas estas razones les movían á considerar la elección de Carlos como un acontecimiento funesto á España; se complacían en citar con los mayores elogios el valor y patriotismo de sus antepasados, que estorbaron en las cortes de Castilla á Alfonso el Sábio salir del reino para ir á coronarse emperador de Alemania, cuyo ejemplo les parecía muy digno de imitarse en las presentes circunstancias.

Carlos, sin consultar la opinión y quejas de sus vasallos españoles, aceptó la corona imperial que el conde Palatino le presentó en nombre de los electores, á la cabeza de una embajada solemne, y declaró su intención de pasar á Alemania á posesionarse de su nueva dignidad. Era un paso necesario, porque no podía, según las formas de las constituciones germánicas, ejercer ningún acto de jurisdicción ni de autoridad antes de haber sido coronado en público.

Habiéndose divulgado esta resolución, acabó de indisponer á los españoles; un descontento triste se difundió por todos los órdenes del Estado: el papa había concedido al rey el diezmo de las rentas de todos los beneficios eclesiásticos de Castilla, á fin de mantener con mayor vigor la guerra contra los turcos; habiéndose congregado el clero, se negó unánime á recaudar este impuesto, y pretendió que no podía exigirse sino en tiempos en que los infieles atacaran realmente á la cristiandad. Resuelto Leon á defender su autoridad, puso al reino en entredicho; pero se hizo tan poco caso



de esta censura, mirada universalmente como injusta, que Carlos mismo solicitó su revocación. De esta manera el clero español tuvo la gloria, no sólo de oponerse á las usurpaciones del papa y de arrostrar el poder de la corona, mas tambien el beneficio de eximirse del tributo que se queria cargarle.

Se levantaron en el reino de Valencia, anejo á la corona de Aragon, revueltas mucho más temibles, y cuyos efectos fueron más duraderos y peligrosos. Un fraile sedicioso acaloró con sus sermones á los habitantes de aquella capital del reino de este nombre, y excitó al populacho á armarse para castigar á ciertos delincuentes sin forma de proceso. Lisonjeado éste del descubrimiento y del ejercicio que acababa de hacer de su poder, rehusó despues dejar las armas, y se formó en compañías de soldados, que se sujetaron á la disciplina militar y evoluciones de tropa reglada. El deseo de librarse de la opresion de los grandes fué el primer motivo y el vínculo poderoso de esta confederacion.

Como la independencia y privilegios aristocráticos eran más amplos en Valencia que en los otros reinos de España, los nobles, casi no reconociendo ningun superior que pudiera pedirles cuenta de su conducta, trataban á los demas habitantes, no sólo como vasallos, sino como esclavos. Sin embargo, asustados de esta sublevacion inesperada, temieron que el pueblo se envalentonara hasta sacudir del todo el yugo; pero como no podian atajar estos alborotos sin tomar las armas, fué preciso recurrir al emperador y pedirle permiso para atacar á los rebeldes. El pueblo nombró por su parte diputados que fueran á exponer sus agravios al soberano é implorar su proteccion. Llegaron felizmente á la córte á tiempo que Carlos estaba más irritado contra la nobleza. La prisa que tenia de pasar á Alemania, cuya presencia urgia de hora en hora, y la impaciencia todavia mayor de sus cortesanos flamencos, á quienes se hacia tarde llevar á su patria los esquilmos de Castilla, no permitian al príncipe ir á tener en persona las córtes de Valencia. Por tanto, nombró al cardenal Adriano para representarle en ellas, y lo autorizó á recibir en su nombre el

juramento de obediencia de los pueblos, á confirmar sus fueros con las solemnidades de costumbre y á pedirles un donativo. Los nobles valencianos miraron esta disposicion como una afrenta á su país, con no ménos derecho que los demas reinos de España al honor de gozar de la vista de su soberano: declararon en consecuencia que no podian reconocer por rey á un príncipe ausente, ni concederle subsidios, segun las leyes fundamentales de la Constitucion; y mantuvieron este dictámen con tal altivez y obstinacion, que nada pudo ablandar. Carlos, ofendido de semejante conducta, se declaró por el pueblo y lo autorizó imprudentemente á permanecer armado. Los diputados regresaron triunfantes y fueron recibidos por sus paisanos como los libertadores de la patria. Creciendo la insolencia de la multitud con el feliz éxito de sus ideas, arrojó de la ciudad á todos los nobles, confió su gobierno á magistrados elegidos por ella misma, y formó una liga denominada *Germanada ó Hermandad*, la cual degeneró en la fuente, no sólo de los desórdenes más horrorosos, sino tambien de las mayores calamidades para el reino de Valencia.

El de Castilla no estaba en ménos convulsion en aquel mismo tiempo. No bien el emperador dió á conocer su intencion de dejar á España, cuando muchas ciudades de primer órden resolvieron representar contra esta partida y solicitar de nuevo la reforma de los abusos de que se habian quejado ya. Carlos se dispuso diestramente de oír á estos diputados, y como vió por este paso la gran dificultad de reprimir el genio sedicioso de las ciudades más principales, convocó las Córtes de Castilla para Santiago. Su único designio era la esperanza de alcanzar otro donativo, porque las riquezas de sus ministros se habian acrecentado á expensas de su tesoro, y se hallaba incapaz sin algun nuevo socorro de mostrarse en Alemania con la brillantez conveniente á la dignidad imperial. Pero congregar las Córtes en una provincia tan remota, y pedir nuevo subsidio antes del término señalado para pagar el anterior, eran innovaciones de la más peligrosa consecuencia, y que no podian ménos de asus-



tar á un pueblo celoso de su libertad y acotumbado á no proveer sino con mucha economía á las urgencias de sus reyes.

Los magistrados representaron muy fuertemente contra el llamamiento de Córtes en Santiago y contra la peticion de nuevo subsidio. Los moradores de Valladolid, que habian confiado tenerlas en su ciudad, irritados de ver su esperanza burlada, se armaron tumultuariamente, y su furor llegó á tanto que, si Carlos no se hubiera escapado felizmente con sus cortesanos extranjeros á favor de una violenta tempestad, habrian asesinado á todos los flamencos y el rey se hubiera visto bien apurado para seguir su camino á Santiago.

Todas las ciudades por donde Carlos transitó pusieron en sus manos memoriales contra la reunion de las Córtes en Galicia, pero permaneció inflexible en su propósito. Aunque los ministros emplearon todos los arbitrios de la intriga y de la autoridad en hacer elegir diputados favorables á sus designios, sin embargo, tal era el humor general de la nacion, que una gran parte de aquellos dejaron traslucir desde la apertura de la junta disposiciones tan conocidas de descontento, que hubo motivo de recelar la más fuerte oposicion á todos los proyectos de la córte. La ciudad de Toledo no habia enviado procuradores, porque la suerte, que decidia de la eleccion segun antiguo uso, habia caido en dos personas, vendidas á los ministros flamencos; los vecinos, no queriendo fiar sus intereses á representantes corrompidos, rehusaron darles comision en la forma ordinaria, y en su lugar enviaron á Santiago dos diputados, autorizados para protestar contra la legalidad de la junta de las Córtes. Los procuradores de Salamanca se negaron á prestar el juramento comun de fidelidad, á no consentir Carlos en escoger otro lugar para celebrar aquellas. Los diputados de Toro, de Madrid, de Córdoba y de otras muchas ciudades, declararon abiertamente que la peticion de un nuevo subsidio era sin ejemplo, sin necesidad y contraria á la Constitucion. No obstante, todos los artificios que pueden contribuir en las asambleas populares, dinero, empleos, promesas,

amenazas, hasta la fuerza, todo se puso por obra para ganar votos. Los nobles, seducidos por la respetuosa asiduidad con que Chievres y demas flamencos les hacian la córte, ó viendo quizá con una pasion de baja envidia el espíritu de independencia que animaba á los ayuntamientos, favorecieron á cara descubierta las pretensiones del gobierno, ó á lo ménos no se opusieron á ellas. En fin, á despecho de la nacion, y con vilipendio de las antiguas formas del gobierno, se concedió á pluralidad de votos el dón gratuito que el emperador habia pedido. Es verdad que las Córtes representaron al mismo tiempo á Carlos acerca de los agravios de que el pueblo se quejaba y sobre que pedia justicia; mas dicho príncipe, habiendo logrado sus deseos, no hizo caso alguno de esta súplica tardía, y conoció que podia entónces desecharla sin peligro.

Como nada retardaba ya la partida del emperador, dió á conocer sus intenciones, ocultas hasta entónces, tocante á las personas que quedarían encargadas de gobernar sus reinos en su ausencia. Confió la regencia de Castilla al cardenal Adriano, el vireinato de Aragon á D. Juan de Lanuza, y el de Valencia á D. Diego Mendoza, conde de Melito. La eleccion de los últimos agradó muchísimo á los castellanos; pero la de Adriano, que era, sin embargo el único flamenco á quien conservaban alguna estimacion, sirvió de aumentar su odio y envidia contra los extranjeros. Hasta los nobles, que habian aguantado tan pacientemente otras usurpaciones de mayor entidad, sintieron en el alma la afrenta que se les hacia, y protestaron contra esta eleccion, que calificaron de ilegal. Pero Carlos anhelaba tanto por llegar á Alemania, y tanto suspiraban sus cortesanos por salir de España, que, sin dárselos nada por las quejas de los castellanos, ni áun precaverse nada contra un levantamiento que se fraguaba en Toledo, y que acarrió con el tiempo las más funestas consecuencias, este príncipe se embarcó en la Coruña y dió la vela el 22 de Mayo. Precipitando de este modo su marcha para ir á recibir una corona nueva, se expuso á perder otra de mucho mayor precio, y que poseia ya.